

2.<sup>a</sup> Parte

---

JUSTIFICACIÓN  
Y GRACIA



*Dios ama al hombre*: la teología cristiana de la justificación y la gracia no es sino una explicación de este aserto, que —según se verá más adelante— es el más obvio para el creyente, el más insensato y vacuo para el increyente, el más banal para el escéptico o el agnóstico. El amor de Dios está en el comienzo (Dios crea por amor), en el término (Dios plenifica a su criatura por amor) y en el entero trayecto entre el comienzo y el término de cada existencia humana (a la que Dios trata permanentemente con amorosa benevolencia).

El aserto tiene además una validez absoluta: sea cual fuere la actitud humana o la respuesta del hombre a Dios, seguirá siendo verdad que Dios lo ama, con un amor no veleitario, sino eficaz. Sean cuales fueren las vicisitudes por las que atraviesa la relación hombre-Dios, éste será invariablemente amor a aquél. Y, así, la humanidad pecadora en Adán es la humanidad amada por Dios en Cristo; de este modo concluíamos nuestra reflexión sobre el pecado original.

Las dificultades con que se topa hoy la doctrina de la gracia son las dificultades que encuentra —hoy, ayer y siempre— la realidad del amor. La primera y fundamental estriba en que *el amor no se demuestra; sólo puede mostrarse, testificarse y creerse por fe*. Los enamorados no cesan de preguntarse: «¿me quieres?». Y no cesan de *testificar* («te quiero»; más aún, «te querré siempre») y de *mostrar* su amor. Esa es la única «prueba» que pueden aducir; no hay otra. Ahora bien, una cultura dominada todavía por lo que Ortega llamaba «la dictadura de los laboratorios», en la que se impone como forma suprema —cuando no única— de racionalidad la racionalidad *científica*, experimentará una alergia instintiva hacia el anuncio de una gracia

que es el puro amor de Dios dándonos. Pues en él, a la indemostrabilidad del amor se suma la improbabilidad de Dios.

Todos somos conscientes de la drástica devaluación que hoy sufre la realidad del amor. El rasgo más saliente de su comprensión degradada estriba en que ha dejado de darse por sobreentendido que ella incluye la voluntad de definitividad, la fidelidad a ultranza. «Nuestro amor ha terminado»: ése es el *leitmotiv* del amor novelado, filmado, cantado y bailado en nuestros días. Y, sin embargo, es lícito preguntarse si un amor que ha terminado había comenzado de veras alguna vez; al menos la pregunta es pertinente para quien se tome en serio lo que la Biblia entiende por amor: «¿acaso olvida una mujer a su niño de pecho? Pues aunque llegase a olvidarlo, yo no te olvidaré... Porque los montes se correrán y las colinas se moverán, mas mi amor no se apartará de tu lado y mi alianza de paz no se moverá» (Is 49,15; 54,10).

De ese amor vamos a hablar en lo que sigue; del amor que implica una promesa de perennidad, que tiende a la definitividad, que es en suma irreparable. Pues tal es el amor de Dios, sobre el que se despliega la doctrina cristiana de la gracia. Porque existe ese amor divino, o mejor, porque *Dios es ese amor*, puede existir (y existe de hecho, a Dios gracias) un amor humano semejante. En el mundo hay egoísmo, pero también altruismo; hay desinterés cínico por la suerte ajena, pero hay también solidaridad abnegada; hay mucho odio, pero también mucho amor. Pues bien, todo ello es posible, según la fe cristiana, porque Dios es amor y porque alguien, llamado Jesucristo, nos lo ha hecho llegar, acuñando personalmente un nuevo paradigma de lo humano, poniendo en circulación un dinamismo nuevo para una vida nueva, transmitiendo una corriente de gracia donde sólo había des-gracia, creando fraternidad donde reinaba la enemistad, reunificando y congregando lo que estaba disperso y fragmentado. La doctrina que vamos a estudiar es, pues, la doctrina del amor divino *humanado* en Jesucristo y, a partir de él, comunicable y comunicado sin restricción a todos los miembros de la familia humana.

La concepción cristiana de la gracia tiene que habérselas todavía con otra dificultad añadida: el hombre de la civilización técnico-científica y de la competitiva cultura consumista es el

*self made man*; profesa ciegamente la ideología de la eficacia, apuesta por el poder en sus variadas formas, se jacta de debérselo todo a sí mismo, aspira a la autosuficiencia. Pero quien es insensible a la gratitud —y el autosuficiente lo es— no tiene el sentido de la gratitud; la idea de una realización de lo humano sólo posible mediante el puro don habrá de sonarle a escándalo y locura.

Frente a esta altiva autocomplacencia se alza la consigna de Jesús a sus discípulos («gratis recibísteis, dad gratis»: Mt 10,8) y la interpelación paulina: «¿qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?» (1 Co 4,7). De lo único de lo que osa gloriarse el apóstol es de sus «flaquezas», que hacen resaltar la generosidad del don (2 Co 12,9).

No hay por qué extrañarse de que quienes contemplan la realidad con ojos no iluminados por la fe hagan valer serias dificultades contra la existencia de ese don. Pues bien, la tarea que nos aguarda en las páginas que siguen consiste en sondear en profundidad sus dimensiones y verificar sus ingredientes base, que —como acaba de señalarse— son el amor y la gratitud de Dios. La elección de Israel por Yahvé y la predilección de Jesús por los «pequeños» muestran hasta qué punto la lógica de la *agape* divina invierte la lógica darwiniana de la selección de los más aptos, los más eficaces, los más fuertes, para preferir a los ineptos, los inermes y los débiles. Supuesto lo cual, son ya factibles un amor y una gratitud análogos en las relaciones interhumanas.

Si bien se mira, el evangelio (la «buena noticia») no es, a fin de cuentas, sino la proclamación de ese amor gratuito y comunicativo, del que «ni la muerte ni la vida... ni criatura alguna podrá separarnos» (Rm 8,38s.).

